



## CAPÍTULO XIII

### Consecuencias del 14 de julio en Versalles

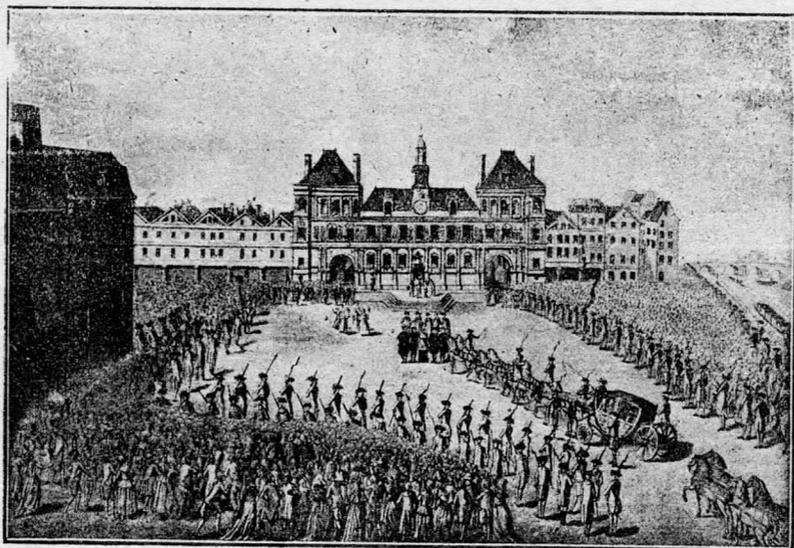


CUANDO ha comenzado una Revolución, cada acontecimiento, no sólo resume la etapa recorrida, sino que contiene ya los principales elementos de lo que ha de suceder; de modo que si los contemporáneos pudieran librarse de las impresiones momentáneas y separar lo esencial de lo accidental en todo lo que acontece, desde el día siguiente al 14 de julio hubieran podido prever la marcha que había de seguir la Revolución.

La corte, en la noche misma del día 13, no se daba cuenta todavía del alcance del movimiento de París.

Aquella noche se estaba de fiesta en Versalles: se danzaba en el Naranjal, se brindaba por la próxima victoria sobre la capital rebelde, y la reina, su amiga la Polignac y las otras bellas de la corte, los príncipes y las princesas prodigaban sus halagos a los soldados extranjeros

en sus cuarteles, para excitarles al combate (1). En su terrible ligereza, en aquel mundo de ilusiones y de mentiras convencionales que constituye cada corte, no se pensaba en que era ya demasiado tarde para atacar a París, ni en que la oportunidad había pasado. Y Luis XVI no estaba mejor informado que la reina o los príncipes. Cuando la



LUIS XVI VISITA EL HÔTEL DE VILLE EL 17 DE JULIO

Asamblea, espantada por el levantamiento del pueblo, se dirigió al rey el 14 por la noche, suplicándole en un lenguaje servil reuniera a los ministros e hiciera retirar las tropas, respondió con altanería, hablando como triunfador seguro de la victoria. Confiaba en el plan que se le había sugerido, consistente en poner jefes fieles a la cabeza de la milicia burguesa y con su ayuda dominar al pueblo, limitándose después a dar órdenes equívocas respecto de la retirada de las tropas. Tal era aquel mundo ficticio, de visiones más que de realidades, en que vivían el rey y la corte, y en que continuaron

(1) Mirabeau, en su discurso en la sesión de la Asamblea, reanudada el día 15 a las ocho de la mañana, habla como si esa fiesta se hubiera celebrado la víspera. Se trataba de la fiesta del día 13.

viviendo, a pesar de los cortos instantes de triste despertar, hasta que llegó el momento de subir las gradas del cadalso.

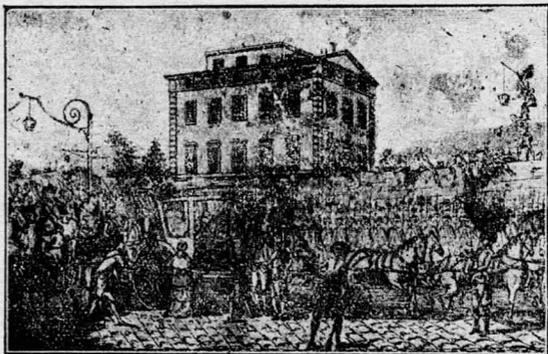
¡Cómo se dibujaban ya los caracteres! El rey, hipnotizado por su poder absoluto, estaba dispuesto siempre a dar precisamente el paso que conducía a la catástrofe. Después, llegado el momento terrible, sólo oponía su inercia, nada más que inercia, cediendo, por último, por forma, precisamente en el momento en que se le creía preparado para re-

sistir con obstinación. O la reina, viciosa, mala hasta en los más finos repliegues de su corazón de soberana absoluta, impulsando hacia la catástrofe, resistiendo

un momento a los acontecimientos con petulancia, resig-

nándose después repentinamente y volviendo en seguida a sus tonterías de cortesana. ¿Y los príncipes? Instigadores de las más funestas resoluciones del rey, y abandonándole al primer fracaso, emigran, huyendo de Francia inmediatamente después de la toma de la Bastilla, y van a intrigar a Alemania o a Italia; ¡con qué rapidez se manifestaron en pocos días, del 8 al 15 de julio!

Y al lado opuesto se ve al pueblo, con su empuje, su entusiasmo y su generosidad, dispuesto a hacerse matar por el triunfo de la Libertad, pero al mismo tiempo pidiendo ser conducido, dejándose gobernar por los nuevos dueños instalados en el Hôtel de Ville. Comprendiendo bien las astucias de la corte, viendo mejor que los más perspicaces a través del complot que aumentaba desde fin de junio, se dejó envolver al mismo tiempo por un nuevo complot, el de las clases poseedoras, que pronto habían de obligar a que entraran en sus tu-



M. BAILLY, ALCALDE DE PARÍS, PRESENTA AL REY  
LAS LLAVES DE LA CIUDAD

(De una estampa de la época)

gurijs los hambrientos, los hombres de las picas, a quienes recurrieron por algunas horas, cuando se trataba de oponer la fuerza de la insurrección popular a la del ejército.

Por último, cuando se considera la conducta de la burguesía desde aquellos primeros días, se ven esbozarse los grandes dramas futuros de la Revolución. El 14, a medida que la monarquía pierde gradualmente su carácter amenazador, el pueblo inspira también gradualmente



LA BÓVEDA DE ACERO

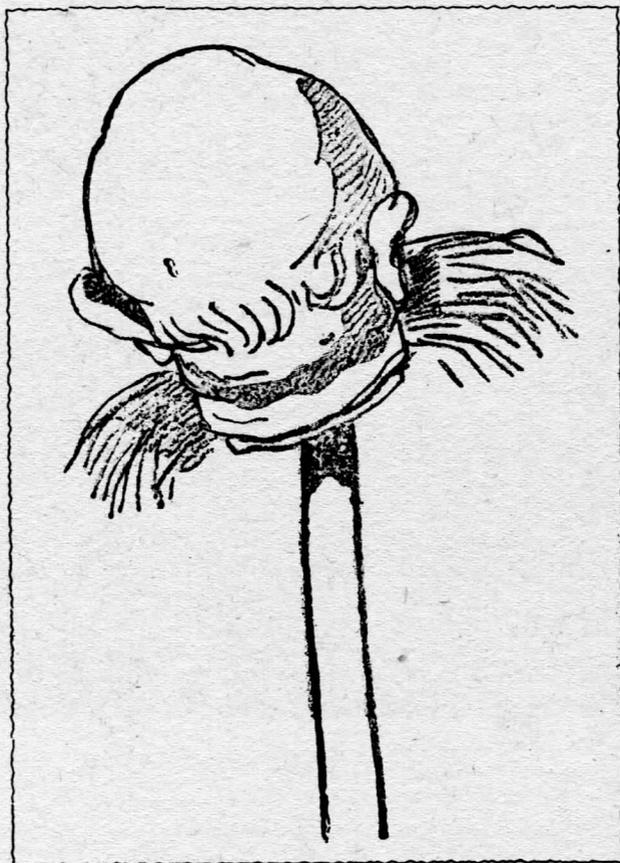
(Cuadro de Laurens)

terror a los representantes del Tercero, reunidos en Versalles, y a pesar de las palabras vehementes de Mirabeau, lanzadas con motivo de la fiesta verificada dos días antes en el Naranjal, bastó al rey presentarse en la Asamblea, reconocer la autoridad de los representantes y prometerles la inviolabilidad, para que éstos prorrumieran en aplausos y en aclamaciones, para que corrieran a hacerle guardia de honor en la calle, para hacer que resonaran en Versalles los gritos de *¡Viva el Rey!*

Tales sucesos, en el momento mismo en que se ametrallaba al pueblo de París en nombre de ese mismo rey, y en que en el mismo Versalles la multitud amenazaba a la reina y la Polignac, sugieren la idea de que el rey estaba cometiendo una de sus bellaquerías habituales.

En París no se dejó engañar el pueblo por la promesa de retirar las tropas. No la creyó; prefirió organizarse en un extenso municipio

insurrecto, y este municipio, a semejanza de los de la Edad Media, tomó todas las medidas de defensa necesarias contra el rey: se cortaron las calles por zanjas o barricadas, y las patrullas recorrían la ciudad, prontas a tocar a rebato a la menor alarma.



LA CABEZA DE FOULLON

(Croquis *d'après nature*, por David)

La visita del rey no inspiró confianza al pueblo. El día 17, viéndose vencido y abandonado, Luis XVI se decidió a presentarse en París, en el Hôtel de Ville, para reconciliarse con su capital, y la burguesía trató de aprovechar aquella visita para convertirla en acto solemne de reconciliación entre ella y el rey. Los revolucionarios burgueses,

de los cuales gran número pertenecían a la franc-masonería, hicieron al rey, con sus espadas, el honor de la *bóveda de acero* a su llegada al Hôtel de Ville, y Bailly, nombrado alcalde de París, le prendió al sombrero la escarapela tricolor. Los burgueses llegaron hasta hablar de elevar una estatua a Luis XVI en la plaza de la Bastilla demolida;

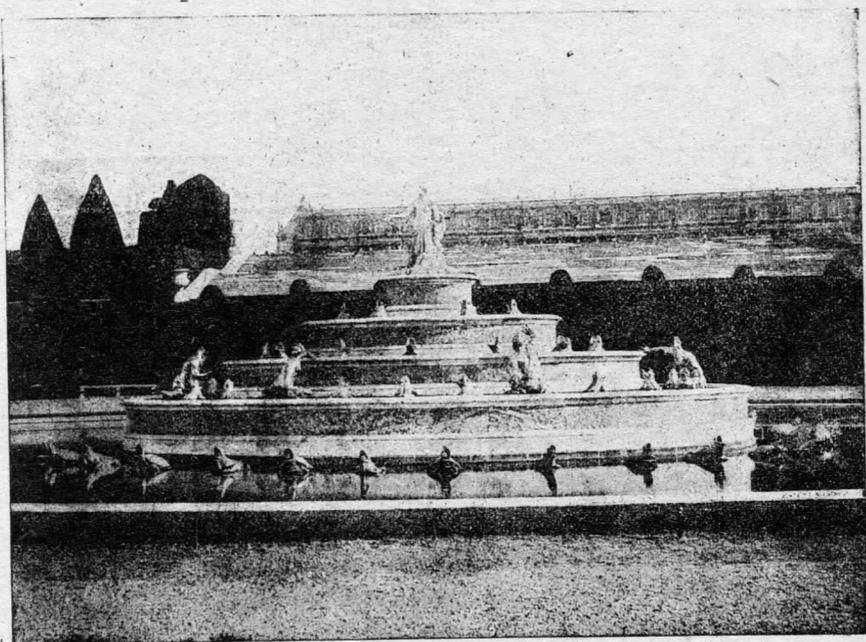


EL TRIANÓN — CASA DE CAMPO DE MARÍA ANTONIETA

pero eso no impidió al pueblo guardar una actitud de reserva y de desconfianza que no desapareció ni aun con la visita al Hôtel de Ville. Podría ser rey de la burguesía, pero no rey del pueblo.

La corte, por su parte, comprendió muy bien que después de la insurrección del 14 de julio no se haría jamás la paz entre la monarquía y el pueblo. Se hizo ir a Suiza a la Polignac, a pesar de las lágrimas de María Antonieta, y al día siguiente comenzaron a emigrar los príncipes. Los que habían sido el alma del golpe de Estado fracasado, los príncipes y los ministros, se apresuraron a salir de Francia.

El conde de Artois se escapó de noche, y de tal modo temía por su vida, que después de haber atravesado la ciudad disimuladamente, se hizo acompañar durante el camino por un regimiento y dos cañones. El rey prometió a sus emigrados unírseles a la primera ocasión, y desde entonces no se pensó más que en el plan de huida del rey al extran-



VERSALLES — LA FUENTE DE LATONA

jero para que volviera a Francia a la cabeza de la invasión alemana. El 16 de julio todo estaba dispuesto para su partida: el rey iría a Metz a ponerse a la cabeza de las tropas y marchar sobre París. Ya estaban preparados los coches para llevar a Luis XVI hacia el ejército, concentrado entre la frontera y Versailles; pero Broglie se negó a conducir al rey a Metz, y los príncipes estaban impacientes por huir. En tal situación, el rey, él mismo lo dijo después, viéndose abandonado de los príncipes y de los nobles, renunció al proyecto de resistencia armada que le sugería la historia de Carlos I, y fué a París a hacer su sumisión.

Algunos historiadores realistas han tratado de poner en duda que la corte hubiese preparado un golpe de Estado contra la Asamblea y contra París; pero abundan los documentos para probar la realidad de este complot. Mignet, cuyo espíritu moderado es bien conocido y que tenía la ventaja de escribir poco tiempo después de los acontecimientos, no abrigaba duda a este respecto, y las investigaciones posteriores han confirmado su opinión. El 13 de julio el rey debía renovar su declaración del 23 de junio, y la Asamblea había de ser disuelta. Cuarenta mil ejemplares de esta declaración estaban ya impresos para ser enviados a toda Francia. El comandante del ejército concentrado entre Versalles y París recibió poderes ilimitados para ametrallar y acuchillar el pueblo de París y para obra severamente contra la Asamblea en caso de resistencia.

Cien millones de billetes del Estado se habían fabricado para subvenir a las necesidades de la corte, sin pedir un voto a la Asamblea. Todo estaba preparado, y cuando se supo el día 12 que París se sublevaba, la corte consideró esa sublevación como un motín que favorecería sus planes. Poco después, cuando se supo que la insurrección aumentaba, el rey estuvo aún a punto de partir, abandonando a sus ministros el cuidado de dispersar la Asamblea por medio de las tropas extranjeras; pero los ministros, viendo aumentar la ola, no se atrevieron a ejecutar el plan. Después del 14 de julio, cuando supo la corte la toma de la Bastilla y la ejecución de De Launey, sintió un gran pánico; entonces los Polignac, los príncipes y muchos otros nobles que habían sido el alma del complot, temiendo ser denunciados, se apresuraron a emigrar.

Pero el pueblo velaba: comprendía vagamente lo que los emigrados iban a buscar al otro lado de la frontera, y los campesinos detenían a los fugitivos. Foullon y Bertier fueron de ese número.

Ya hemos hablado de la miseria existente en París y en sus inmediaciones, y de los logreros cuyos crímenes no quería profundizar la Asamblea Nacional. Entre esos especuladores sobre la miseria de los pobres, sobresalía principalmente Foullon, que había hecho una inmensa fortuna, como hacendista, y en su cargo de intendente del

ejército y de la marina; conocido era también su odio al pueblo y a la Revolución. Broglie había pensado en él para ministro, cuando preparaba el golpe de Estado para el 16 de julio, y si el astuto ministro rehusó el cargo, cuyos peligros veía, no escaseó los consejos. Su opinión era que había que desembarazarse de un solo golpe de todos los que habían adquirido influencia en el campo revolucionario.

Después de la toma de la Bastilla, cuando supo que la cabeza de De Launey había sido paseada por las calles, Foullon comprendió que no le quedaba más remedio que seguir a los príncipes y emigrar; pero como eso no era ya fácil bajo la vigilancia de los distritos, aprovechó la muerte de uno de sus enviados para hacerse pasar por muerto y enterrado, mientras salía de París y se refugiaba en casa de un amigo en



LA COLUMNA DE JULIO — PLAZA DE LA BASTILLA

Fontainebleau. Allí fué descubierto y detenido por los campesinos, que se vengaron de sus largos sufrimientos y de su miseria. Cargado con un haz de hierba, aludiendo a la hierba que había prometido dar a comer a los parisienses, el despreciable logrero fué conducido a París por una multitud furiosa. En el Hôtel de Ville, Lafayette trató de salvarle; pero el pueblo, exasperado, ejecutó a Foullon col-

gándole de un farol del alumbrado público. Su yerno Bertier, cómplice del mismo golpe de Estado e intendente del ejército de Broglie, fué detenido en Compiègne, conducido también a París, donde iba a ser colgado de un farol, cuando trató de luchar para salvar su vida y en el acto fué muerto.

Otros cómplices, en camino hacia el extranjero, fueron también detenidos en el Norte y Nordeste y conducidos a París.

Imagínese el terror que esas ejecuciones populares y la vigilancia de los campos produjeron en el seno de los familiares de la corte. Su arrogancia y su resistencia a la Revolución fueron quebrantadas; y, completamente abatidos, ya no pensaban más que en hacerse olvidar.

